

PIERRE VILAR : *Histoire de l'Espagne*.

El libro de Pierre Vilar presenta, en pocas páginas, un panorama de la historia de España que, aun sin ser exhaustivo, dada la concisión a que lo obliga el tipo de publicación, no omite ningún jalón significativo de la trayectoria temporal hispana.

El cuadro con que el profesor Vilar nos abre dicho panorama corresponde al medio geográfico, cuyo estudio le permite establecer relaciones de causa a efecto entre la topografía peninsular y el carácter e idiosincrasia de su población.

Así, por ejemplo, dice del hombre de la meseta : « Es ciertamente de la naturaleza de su país que ha extraído su pasión por la independencia, su coraje y su ascetismo, su gusto por la dominación política y su desprecio por el lucro mercantil, su aspiración para hacer o mantener la unidad del grupo humano de la Península ».

Ello no obstante, su determinismo geográfico no va más allá de la consideración del alma regional (en el párrafo citado, el alma castellana), puesto que, cuando entra a considerar el espíritu de España entera, lo hace depender de una « naturaleza contradictoria » (« le présent dépend, comme le passé, d'une nature contradictoire »), es decir, que la interacción entre las diversas almas regionales (y aun entre las diversas facetas del espíritu nacional), pueden fundamentar las realizaciones más libres.

Ya entrando de lleno en la historia de España, considera, pasando rápidamente por encima del substrato prerromano, que la época del Imperio por antonomasia es « un des plus beaux moments » de la Península, y a los siglos I y II, como a una edad de oro para el país. « Es una época de un éxito sin igual, un momento en el que la Península, mejor que en ningún otro, sin duda, ha resuelto los problemas de su unidad y también aquéllos (en el cuadro de las técnicas de la época) de su *feliz* valorización ».

Considera también que « el sistema romano conserva lo esencial de su armazón a través de la decadencia y de la invasión y no se derrumba sino en el 711 », del mismo modo que acepta la teoría de que San Isidoro fue « el último destello de una civilización, no el comienzo de una nueva era ».

Su juicio respecto al Islam español es favorable a éste. No obstante ello, su medida se manifiesta en el párrafo en que suscribe la refutación a teorías demasiado proislámicas (al estilo de aquel dicho que reza que « en España todo lo hicieron los moros y lo destruyeron los franceses »). Ejemplo de esta afirmación es cuando escribe : « Ellos (los musulmanes) no crearon, como se dijo durante mucho tiempo, la irrigación y la prosperidad agrícolas, pero han completado, mejorando, y embellecido la obra de los romanos, introduciendo frutos nuevos y prácticas hortícolas aún desconocidas, desde África y Persia ».

Acepta la continuación hasta nuestros días de muchas características nacionales que tienen en el Islam un origen remoto. Dice, por ejemplo, « se ha podido insistir en las vinculaciones *árabes* de artes populares todavía vivas: tapicería, cerámica, música » y de ciertas « huellas en las costumbres familiares, en el temperamento y en la religión del pueblo andaluz ».

Sin embargo, más abajo aclara que el término « árabe » tiene el grave defecto de evocar una influencia racial que fue seguramente limitada y que « la inmigración bereber, mucho menos extraña al viejo fondo español, fue ciertamente más considerable ».

La España musulmana tiene para Vilar, en conclusión, una gran personalidad y sus huellas han quedado en el país porque esa España representa la realización más o menos acabada de una concepción del mundo y de la vida, y es bien sabido que una « *weltanschauung* » suele dejar rastros. Al respecto, termina la parte del libro correspondiente a los musulimes ibéricos, diciendo: « La Edad Media ha conocido un Islam español viviente y original cuya riqueza, pensamiento y complejidad han preparado, no menos que la Reconquista cristiana, los grandes éxitos de la España futura ».

En cuanto a este último proceso opina, con su habitual mesura, que existió una conciencia de reconquista cristiana en las gentes del norte, pero que es intermitente: « sin duda una conciencia *perfectamente clara* de los fines perseguidos no pudo guiar *ininterrumpidamente* a los jefes de una España dividida, en el curso de acontecimientos deshilvanados », afirma.

La unificación de España bajo un solo rey pero no bajo una sola corona, la supervivencia de Cortes y administraciones separadas y, por otra parte, la enorme importancia que se dio a la religión católica como factor de unidad nacional, le hacen decir: « reconocemos en ello una manifestación — y tal vez una de las causas fundamentales — de una nueva realidad del fenómeno español: por una parte la tendencia al *particularismo*, es decir, la fidelidad a entidades infranacionales, y por la otra, la tendencia al *universalismo*, a las pasiones ideales supranacionales ». Con respecto a este último punto añade: « La mezcla de religiones, costumbres y razas cederá el lugar a una pasión de unidad, a un exclusivismo religioso que caracterizarán desde entonces al grupo español » y que provocará la identificación entre ortodoxia católica y solidez nacional.

Juzga que « España no tuvo a tiempo ni su Richelieu, ni su Luis XIV. La primera tentativa enérgica de centralización fue la de Olivares, en el siglo xvii, cuando ya estaba exhausta la fuerza económica y militar del Centro español ».

A pesar de ello, su juicio final con respecto al periodo en que España fue gran potencia es halagüeño, ya que « por medio de su lengua, religión, estilo de vida, y ausencia *total* de prejuicio de raza, ha fundado un Imperio que durante tres siglos ha sido un elemento fundamental de su propia vida, y creado pueblos que llevan su sello ».

Las dos terceras partes restantes del libro están consagradas a la historia

de la España contemporánea. Comienza por el « reajuste » del siglo XVIII, al que elogia abiertamente, diciendo que se trata del primer esfuerzo de la nación para readaptarse al mundo moderno y al que juzga como « un muy grande siglo colonial ».

Luego de la guerra de la independencia y de lo que llama « titubeos del siglo XIX », entra de lleno en nuestro siglo sin reparar mucho en la revolución que significa la pérdida de Cuba, Filipinas, Puerto Rico, etc., y los primeros años del reinado de Alfonso XIII en cuanto, en algún sentido, « belle époque » liberal española, y cierra su cuadro con un estudio de la crisis de la monarquía, la instauración de la república y la guerra civil de 1936-1939. Estos últimos pasos son, sin lugar a dudas, los más enjundiosos del libro, puesto que en ellos nos da una versión imparcial, moderada y muy clara de los problemas que a través de ellos se le plantean a España para el porvenir.

ALDO ALEJANDRO MARIÑO.

ATKINSON, WILLIAM C., *A History of Spain and Portugal. The Peninsula and its peoples: the pattern of their society and civilization*, Londres, Penguin Books, 1960; 382 págs. más un mapa.

William C. Atkinson, profesor actualmente de estudios hispánicos en la universidad de Glasgow, ofrece a la curiosidad múltiple y variada de una famosa colección británica (Penguin Books) una nueva Historia de España y Portugal. Apoyémonos en la copulativa, que subrayo, porque se habla y se escribe mucho de la comunidad y paralelismo históricos de las dos naciones peninsulares, pero puestos a redactar la obra que se perfila completa, nos suele aquélla llegar truncada. Si sale a la luz pública con pie de imprenta español, los acontecimientos de Portugal se desvanecen. Si con pie de imprenta portugués, los de España quedan diluídos y subordinados a directrices que no son las exigidas en todo trabajo serio y científico. El profesor Atkinson ha logrado compendiar en la brevedad del volumen excelente información por una parte. Por otra, presentar la información con fluidez y sin soluciones de continuidad entre las historias portuguesa y española, una sola a veces, divergentes en siglos posteriores, paralelas con frecuencia; pero siempre delatando un oculto y acendrado hilillo que las une. El propósito del autor se pone de manifiesto desde las primeras páginas de la narración hasta las últimas, que nos relacionan una sintetizada tabla cronológica de, repito, ambas naciones peninsulares. Fino y completísimo manual para extranjeros y cuyos temas debieran ser objeto de meditación, por lo menos, para las tres cuartas partes de los propios peninsulares.

Obsérvese que, por dos veces, escribía antes el vocablo « naciones », con referencia a las dos estructuras estatales representativas — en lo externo y